

# Una pasión junto a otras: La del doctor Juan Somolinos Palencia por la Academia Nacional de Medicina

Enrique Cárdenas de la Peña

*La obra cumplida es la única satisfacción verdadera que hay en la vida*

Tomás Alva Edison

## Primicias

No pretendo, ni con mucho, redondear una semblanza biográfica de Juan Enrique Somolinos Palencia, pues para eso necesitaría de muchos días y no solamente de unos minutos, pero sí deseo asentar y acentuar los momentos culminantes de su historial colindante con sucedidos que lo conducen a la magna corporación médica de México, representada por los más altos profesionales de la ciencia-arte que profesamos.

Nacido el 18 de agosto de 1938, se graduó como médico cirujano por la Universidad Nacional Autónoma de México el 19 de febrero de 1963. Ya para entonces dirige su acendrada devoción hacia la historia de la medicina, al comprometerse con ella mediante su estupefanda tesis acerca de *Francisco Flores, primer historiador de la medicina mexicana*, por la cual recibe mención honorífica. Especializado en labores de laboratorio clínico, se licencia en antropología física en 1964. Cubre innumerables facetas docentes, publica entre su producción científica obras que lo ligan con la plástica: *Surrealismo y medicina; Lo surreal en medicina; La belle époque y su medicina en dos países: Francia y México*, para no citar sino las más relevantes. En 1965 traduce el *Compendio de historia de la medicina* de H. Rodger, y después, en 1973, publica *Don José Terrés y su tiempo*. Antes, en 1963, lanza su *Mictecatl: calaveras de café*, con la agudeza que lo caracteriza; expone personal o colectivamente en galerías de arte, y durante tres años, 1971-1973, colabora en el suplemento cultural *El Gallo Ilustrado*, del periódico *El Día*. Rotura sin descanso, dentro del mundo editorial que lo envuelve, en el *Boletín Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social* o el más estricto de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, uno más de sus juguetes de batalla. Constante en el trabajo, retiene una vasta obra científica, merecedora de ser difundida. Y acapara la atención por su estricta visión crítica dentro del terreno que maneja con soltura.

\*Presentado en la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina el 27 de mayo, de 1993.

## Ingreso. Trabajo inicial

Acerquémonos a nuestro personaje, centrándolo únicamente en el área académica que satura su existir. Situémonos entonces sobre el 6 de marzo de 1974, y veamos cómo en esta fecha los doctores Francisco Fernández del Castillo, Carlos R. Pacheco, Silvestre Frenk, Fernando Ortiz Monasterio y Jesús Kumate lo proponen para ocupar un sitial en el área de historia y filosofía de la medicina del Departamento de Sociología Médica y Salud Pública de nuestra venerada Academia. Y cómo data de este mismo día el mensaje que dirige al doctor Octavio Rivero, por entonces secretario general de ella, donde acepta —si es admitido— cumplir con los requisitos y las obligaciones que los estatutos vigentes le imponen. Fernando Ortiz Monasterio, presidente en turno, le comunica el 9 de mayo que la víspera, en sesión ordinaria, se le ha aceptado como miembro numerario en el departamento al cual ha solicitado su ingreso; el propio Octavio Rivero, días después, le informa que la ceremonia de recibimiento de académicos de nuevo ingreso debe llevarse a cabo el miércoles 26 de junio, y que su trabajo inicial ha sido programado para su lectura el 21 de agosto. Todavía el 3 de junio el presidente de la Corporación lo comisiona “para el resguardo del patrimonio histórico, bibliográfico y artístico de la Academia”; comedido, el doctor Somolinos Palencia responde que la comisión “me honra y estimula; al aceptar este cometido, sólo me resta la esperanza de cumplir favorablemente tan importante labor”.

En efecto, el 21 de agosto de 1974 Juan lee su trabajo de ingreso *Tres epígrafes académicos* ante un selecto y concurrido auditorio. En él alude a los doctores Manuel Carpio, Leopoldo Río de la Loza y José María Reyes. Antes de hacer referencia al tema escogido, rehúsa el elogio de su antecesor en el sitial que ocupa, como es costumbre, por ser nadie menos que su propio padre, don Germán, distinguidísimo y erudito en el ramo del saber que ahora le toca proseguir, y formula la promesa de cumplimiento para con sus deberes hacia la Corporación, aceptada a nombre de los recién ingresados en

la ceremonia del 26 de junio por el doctor Enrique Paras Chavero. Borda de entrada acerca de la significación de cuanto resume el epígrafe anotando que, por su brevedad, tal epígrafe “encabeza cualquier obra de tipo científico o literario; por su belleza y profundidad simboliza y recoge los más altos ideales del autor y de su obra. Con el epígrafe se descubre y se identifica el contenido de una producción”. No los transcribimos por ser demasiado largos, pero sí dejamos constancia de que Manuel Carpio, el primero de los estudiantes, hace referencia a las inculpaciones de ser poco original, anotando que “no se puede privar a los hombres de noticias útiles sólo porque provengan de países distantes, como si las ciencias tuvieran algo que ver con las zonas terrestres, o con la altura del polo” y que “la naturaleza, una en sus designios y variadísima en sus medios, es sumamente indócil a las órdenes de los sabios”. Leopoldo Río de la Loza, segundo de los elegidos en mención, tras indicar como las corporaciones médicas independientes se han levantado una tras otra después de su término, concluye que, “si el establecimiento de las academias científicas es un bien positivo para las sociedades, el de la medicina en la capital de México es un verdadero servicio para la humanidad y para la ciencia”. Y José María Reyes, el menos conocido de los tres, al precisar que los conocimientos históricos se ensanchan por todos los rumbos del saber humano, decide que la historia no sólo revive con la mira de una simple curiosidad las generaciones precedentes, sino que falla sobre los siglos pasados “con la idea de apreciar el grado de civilización de cada uno, pero principalmente con la de sacar lecciones provechosas para el porvenir”.

Juan entra por la puerta grande a la sección de historia de la medicina de la Academia, retomando la prestanda y la huella prestigiosa que allí ha plasmado el talento, el conocimiento, la experiencia —según sus propias palabras— de su padre. Tras aclarar que muchos de los discursos académicos adolecen del defecto de ser “elegantes pero hueros”, en su último párrafo sostiene que no pretende reemplazar a quien es insustituible, sino recomenzar una obra más larga que muchas vidas juntas. Se regodea cuando finaliza: “Asimilar la experiencia y regalarme con ella. El objetivo es lejano —no llegaré— pero en su trayecto sólo busco realizar mi apasionado amor por lo anterior. Siempre con autocrítica, reconoceré nuestros valores en un contexto universal. La Academia es un amplio concepto occidental. Así lo aprendí y en él vivo”.

El doctor Fernando Ortiz Monasterio responde su alocución, y le da la bienvenida.

## Cargos. Actuación

Juan logra su propósito: se adentra en las profundidades del ayer y en las vicisitudes de la administración académica. Llega a conocer el recinto, sus archivos, la personalidad de cada uno de sus miembros. Y llega a la posteridad un sinnúmero de publicaciones de las cuales daremos cuenta después. Entre tanto papel y barullo, interviene sucesivamente y, tras

el cargo inmediato de conservador del resguardo histórico de la Corporación, el 24 de mayo de 1978 la directiva lo nombra coeditor de la *Gaceta Médica de México*, en tanto el doctor Jorge Corvera Bernardelli funge como secretario general y el doctor Silvestre Frenk ocupa el puesto de editor. De 1982 a 1984 actúa como si fuese el secretario general dada la gran actividad que despliega. Durante este tiempo, entre otras participaciones, escribe los *In memoriam* de los doctores Samuel Fastlicht y Francisco Fernández del Castillo, el 16 de mayo y el 20 de junio de 1984, respectivamente. Cuando hacia finales de 1985 compite por la vicepresidencia de la Academia, triunfa sobre su adversario, el doctor Donato Alarcón Segovia, como los potros de buena sangre, pues apenas si “gana por una nariz”. Así, en 1986, asume la vicepresidencia, preparándose para el desempeño mayor que debe cubrir en 1987, según veremos. Durante tal gestión máxima, el 13 de marzo convoca a los académicos Silvestre Frenk, Vicente Guarner, Fernando Martínez Cortés, Pedro Ramos, José Miguel Torre y Norberto Treviño Zapata, para constituir “un Comité que se encargue de informar, a través de documentos especiales, sobre los valores y tendencias con que cuenta la Corporación, así como para expresar su razón de ser”, es decir, el llamado *Comité de Principios e Ideario Académicos*, del cual redacta las *Consideraciones y la Declaración* respectivas. *La Declaración* susodicha —no puede pasarse por alto escrito tan relevante, firmado el 18 de diciembre inmediato— concreta seis temas fundamentales: la deshumanización creciente en el ejercicio de la medicina, el incremento gradual pero progresivo de la tecnología y el equipamiento *robot* en perjuicio del papel personal del médico, la disgregación de la medicina debida a la especialización, la tendencia a considerar a la Academia como un frío foco de ciencias, el deterioro de la enseñanza médica —en especial en la etapa de pregrado— y el necesario refuerzo en la preparación de médicos generales, de familia o cabecera; en este último renglón propone la creación de las secciones de medicina general y medicina familiar como novedades académicas.

## Presidencia

El miércoles 4 de febrero de 1987, pocas horas antes de asumir la presidencia de la Academia, el doctor Juan Somolinos Palencia concede una entrevista a la prensa mexicana: en ella exterioriza sus propósitos, el programa que piensa realizar, y la pugna en defensa por la medicina general dentro de su régimen. Con toda claridad afirma —sin por ello negar las ventajas de la especialización— que “un especialista limita su trabajo a un área restringida donde domina mejor las técnicas de diagnóstico y tratamiento, pero su medicina se centra más en la enfermedad y menos en el enfermo: el especialista influye en la despersonalización del acto médico”. Pretende inculcar a la Academia un relieve cultural, científico y artístico, porque el médico —lo expresa sin ambages— debe ser un hombre culto y estudioso. La Corporación debe lograr que hombres de las más opuestas vocacio-

nes e ideologías, releguen sus diferencias con el objetivo primordial de colaborar en la causa común del desarrollo médico de México: unir a los médicos es descubrir nuevos valores y propender a la salud del pueblo. Los grandes problemas de salud han de vencerse sólo mediante un enlace creativo dentro de la medicina universal. Además, la Academia necesita conservar su posición de tribuna donde se elabore una doctrina médica: ha de mantener su asesoría y consulta para el Estado, colocando su mayor interés sobre la orientación hacia una educación médica integral, firme y plena de valores. El trabajo académico no puede permanecer encasillado: tiene forzosamente que abandonar su recinto y extenderse a los más apartados rincones del país.

Ese 4 de febrero por la noche, al asumir la presidencia, Juan ahonda sobre cuanto ha externado a la prensa. En discurso limpio, sensato, comedido, interpreta su programa. Repasa la herencia adquirida de las Academias previas habidas entre nosotros; escudriña cómo la actual se mantiene a flote en medio de diferentes y agitados circunstancias; revive la memoria y la nostalgia dentro de un análisis histórico en que sorprende la tenacidad de los fundadores, fijando así una noción de lo previsto; sintetiza las razones de la Corporación e insiste sobre el impulso de intercambio; al hablar del médico resume en la vocación el constante sentido implícito de perfeccionamiento y renovación, y el reencuentro con los valores sumergidos; trae nuevos caminos dentro de un momento, un estilo y una emoción corporativos en que el sujeto, personaje de nuestra escena, debe resultar inconforme y exigente, puesto que “el académico sabe que su ideal se disolverá si no añade nuevos modelos” —evitemos que la profesión se adormezca, sorprendiéndola con nuevos aires—; y recoge cuanto hay que hacer y, a su manera, cómo debe hacerse: se enfoca así la ampliación académica, la formación de grupos de trabajo, la sistematización administrativa, y remata analizando las dos formas para conducir a la Academia; al rechazar la aceptación, admite el reto y lo define soberbiamente: “hoy que las normas en todo el mundo tratan de administrar el ejercicio de la medicina, con mayor o menor fortuna; hoy que se perdió el verdadero sentido de la profesión y se olvidó que la medicina es mucho más que un simple procedimiento técnico o un formalismo político, la Academia tiene como reto el defender ese concepto humano valioso para el médico y el enfermo, concepto donde permanece la imagen de un hombre único, histórico y libre; hombre biológico más complejo que aquel que nos presentan los métodos reduccionistas y analíticos de la ciencia: *lo humano es lo único del ser que tiene sentido*”.

Tras un año de relevante esfuerzo en que las sesiones semanales de reglamento se suceden con regularidad y el Programa de Ampliación Académica transmite los propósitos de la sociedad, reconociendo y ofreciendo a todos los médicos un itinerario de vocación y moral en su ejercicio, Juan lee su discurso saliente el 3 de febrero de 1988. “La realidad es

múltiple, diversa e histórica —comenta—, y la Academia, como defensora de sus tradiciones, se encuentra situada en los puntos de impulso o desastre. Una gran parte de sus energías se malgasta en la tarea de reivindicarla, como si fuese necesario justificar su lugar y su existencia: la lealtad, la libertad, la solidaridad espontánea son razones que la permiten subsistir. Cuando tenemos que aceptar que en México la ciencia es una sombra, sin ser fatalistas, nos convencemos de que la juventud sencilla y laboriosa, sin pretensiones, es la única capacitada para salvar nuestra dignidad intelectual. En un mundo en el cual, no obstante pregonarse la constante relación del individuo con su comunidad, el fenómeno primordial es el de que cada hombre es un problema sólo para cada hombre, el exceso de administración o el especialismo exagerado, culminaciones del placer por la técnica dentro de la medicina, no dejan de ser actos humanos, pero sí deforman la verdadera función del médico. El ejercicio actual, mediocre en la mayoría de las ocasiones, olvida la sensibilidad y la inteligencia del profesional ejercitante, y es que al médico le faltan los estímulos de una nueva revelación, algo trascendente que impulse su razón, cada día más desvirtuada. Si queremos impedir que los futuros médicos se sumerjan dentro de una profesión disminuida, hemos de elevarlos espiritualmente, respetando su conciencia y resguardando su moral. La Academia se abre generosamente a la esperanza. En la hora de la despedida, silenciosa y amigable, la meditación renueva sobre el hecho médico nos hace pensar que en los últimos cincuenta años se han extendido enormemente las actividades de la vida humana: ampliadas y perfeccionadas, hay un mayor conocimiento, una técnica prodigiosa que destaca sobre nuestras actitudes naturales, pero también hay un avance que amenaza con ensombrecer la conciencia de sus propios alcances”.

## Tras la presidencia

Al volver a su senda natural una vez concluida la encomienda de la presidencia, en 1988 Juan figura como miembro del Comité de Ediciones Médicas, acompañado por los doctores Raúl Cicero, Ignacio Chávez Rivera, José Kutluy Porter y Adolfo Martínez Palomo: en realidad resulta editor de la *Gaceta Médica de México* durante cuatro años, 1988-1991. Escribe intensamente, y a partir de 1989 redacta ya sus “apostillas” o “recuadros” insertos en el órgano oficial con el cual se encariña. Este mismo año, el 1 de agosto para mayor exactitud, la mesa directiva de la Corporación lo nombra curador de ella, en vista de sus indiscutibles méritos: así lo signan los doctores Ruben Lisker como presidente; Francisco Durazo como vicepresidente; María Elena Anzuire como secretario general; y Carlos E. Varela Rueda como secretario adjunto. Luego, cuando decrece su actividad ante el daño orgánico que lo acosa, el 18 de enero de 1992 la Academia acuerda concederle el mayor reconocimiento por la labor desarrollada como editor del órgano de difusión en el cuatrienio

en que le sirve: le extiende entonces, “debido a sus cualidades académicas, entendimiento y elevada experiencia, el nombramiento de *editor emérito*”, agradeciéndole el altruismo, empeño y esmero entusiasmo demostrado hacia las actividades corporativas. Todavía en este año se aplica al cargo de vocal del Comité de Evaluación Clínica y Terapéutica, encabezado por el doctor Carlos R. Pacheco, quien lo coordina. Herido de muerte, ya no asiste a la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Ciencias y Artes 1992 que le otorga el ciudadano Presidente de la República, licenciado Carlos Salinas de Gortari, en el campo de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, efectuado en los Pinos durante las postrimerias de este calendario. Tras una vida, por demás fructífera, fallece el 9 de marzo de 1993.

### **Significado de la *Gaceta Médica de México***

Como editor, Juan es único. No descuida el menor detalle para que las revistas manejadas por él crezcan en número, profundidad y difusión. El caso de la *Gaceta Médica de México* no es exclusivo, pero es el obligado para nosotros. No obstante la diversificación de sus ocupaciones, no sólo se da tiempo para que la secuencia se cumpla hasta donde es factible, sino que colabora asiduamente en ella. En un principio, y de 1975 en adelante, hasta el número 3 del volumen 128 correspondiente a 1992 —donde nuestro estudio se detiene— participa en el órgano oficial con 19 artículos propios, 13 estudios dentro de muchos simposios programados, 3 publicaciones donde figuran coautores, sus 7 *Informes* o *Reseñas* de los trabajos o actividades realizados por la Academia durante los años en que cumple con los cargos de secretario general y presidente dentro de la mesa directiva y, a partir de 1989, con 63 comentarios a los cuales me atrevo a calificar de *apostillas* o *recuadros*, pequeños artículos donde solaza su interés o curiosidad, algo así como un entretenimiento cultural, ejercicio de concentración mental que lo conduce a enjuiciar en

unas cuantas líneas a un personaje de la medicina o un hecho sobresaliente pero poco estudiado de la historia médica. Conviene añadir que tales *apostillas* están fuera de la paginación correspondiente a los *Índices* de cada número de la publicación académica oficial, y que la primera de ellas alude a que el *catgut* no es intestino de gato. En ellas incluye a los grandes de la fisiología, varios premios Nobel, profesionales destacados de la ciencia médica. Las *efemérides* médicas que reúne significan un trabajo aparentemente sencillo, en realidad muy difícil de procesar si no se desea que en el fondo resulte banal, incompleto o insulto. En total, sus contribuciones suman 105 que, divididas entre el número de años en los cuales perdura su atinado concepto de la historia y filosofía de la medicina, representan aproximadamente 6.2 colaboraciones por año, magno promedio.

### **Síntesis**

La labor del doctor Juan Somolinos Palencia en el seno de la Academia resulta concreta y brillante. Es fiel defensor de los ideales y las realidades de la Corporación. Pugna por ella, se sitúa en ella, se adentra en sus problemas con decisión y fe. De ser honestos, deben admirarse su aporte y devoción. Conocido y reconocido, traza una trayectoria luminosa no sólo dentro de la historia de la medicina, rama a la cual se dedica con soltura y prolífica productividad, sino también en la antropología, la sociología y el arte, ya que en el cultivo de la pintura da muestras de acierto. De lenguaje exacto, tiene la enorme virtud de guardar una discreción muy especial en cuanto se relaciona con sus tareas: no es de quienes con bombos y platillos anuncia cuanto construyen. Esa sobriedad, a mi modo de ver, lo hace más valioso: basta la objetividad de su obra para convencer a quienes lo conocimos —o quiénes no lo hayan conocido— como hacedor constante, inquieto y sensible, de la trama histórico-médica en que de continuo se desenvolvió.

**Propiedad de la  
Academia N. de Medicina  
de México**